

mientos, previo prolijo y maduro examen, fueron reprobados por el Papa como atentatorios á la justicia.

La justicia, en efecto, es el eje de todas las relaciones sociales. Establézcase el predominio de la justicia entre el capital y el trabajo, y desaparecerá ese peligro social del *proletariado* que amaga acabar en cataclismo: el predominio de la justicia, que da á cada cual lo suyo (*suum cuique*, dice concisamente la fórmula jurídica): al capital, el respeto y el trabajo estipulado; al operario, el jornal y las consideraciones debidas á la dignidad humana. ¡El jornal! Es menester, dice León XIII, que el jornal sea justo en sí mismo: no basta que lo sea por la sola estipulación. Será justo en sí mismo el jornal, cuando con él pueda el sujeto satisfacer las necesidades de su vida individual y social. Si gana el jornalero veinte centavos, y cuéstanle veinticinco los alimentos indispensables para conservar la vida en aptitud de seguir trabajando, claro es que no se adapta ese salario á la justicia natural, que para comer no exige otra cosa sino el sudor del propio rostro. Y cuenta que la vida no pide tan sólo alimento: pide, además, vestido, aseo y hogar donde descansar. Ni basta tampoco, para que en sí sea justo el jornal, que con él puedan satisfacerse las necesidades de la vida individual: el jornalero está llamado á la vida de familia, la cual descansa toda sobre el trabajo individual de su cabeza. Porque, hermanos míos, advierte aquí el Padre Santo, que no es la mujer la destinada por naturaleza, la destinada por Dios, al trabajo del campo, ni de las máquinas, ni aun siquiera de las oficinas: la mujer está destinada al trabajo que demanda en su interior la vida doméstica. Ni tampoco son los hijos, antes de la adolescencia, los llamados á trabajar con salario para ayuda de la familia: trabajarán ya adolescentes, y costearán sus gastos personales, y si acaso, harán algún ahorro para cuando piensen fundar también una familia. Ni basta aún todo esto: por ley natural, divina y eclesiástica, tiene que interrumpirse el trabajo en algunos días

para dar descanso al cuerpo y esparcimiento al espíritu. Cuando no se trabaja, no hay jornal: fuerza es, pues, que se extienda el jornal de los días de trabajo á llenar también las necesidades de la vida en los días de descanso.

¿No os parece, hermanos míos, que es humanitario este discurrir del Papa y de la Iglesia? Pues oid ahora este otro discurso de un gran rey que nunca se apartó un ápice de las enseñanzas de la Iglesia. Ordenaba Felipe II en una de sus cédulas de Indias, que los jornaleros de las fábricas y fortificaciones no trabajasen sino ocho horas al día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde; y que la distribución de las horas de trabajo se hiciese por los ingenieros de la manera más conveniente para precaver al jornalero de los ardores del sol. Pues eso mismo, sin determinar el número de horas que por fuerza ha de variar según la indole de los trabajos y otras circunstancias de lugar y tiempo; eso mismo enseña León XIII. No ha de ser tal el trabajo impuesto al jornalero, que ceda en detrimento de su salud, ni tan prolongado que no le deje tiempo para cumplir con sus obligaciones religiosas y con las sociales de familia. Porque el jornalero no es un autómeta, explotable al capital hasta que se rompa ó averie: el jornalero es un ser racional, dotado por esto mismo de divinas y sociales aspiraciones. Poner traba á estas aspiraciones, encadenarlas á la máquina ó al terruño, no es guardar á la dignidad humana las consideraciones que le son debidas, sino ajarla y vilipendiarla.

¡Ah, hermanos! Era tanta la caridad de León XIII para la clase jornalera, que deseaba para ella todo el bien apetecible. Preveía que el salario, aun cubriendo todas las necesidades de la vida individual y social en los términos hasta aquí señalados, no bastaba á subvenir á fortuitas emergencias no infrecuentes en la vida del trabajo. Para estas emergencias quería el Papa que hiciera economías el jornalero, y quería, por lo mismo, que bastaran para hacerlas, los rendimientos del trabajo.

Mucho, mucho le debe á León XIII la clase jornalera, por haber recordado al mundo, por haber recordado á los ricos y á los potentados, estas saludables doctrinas que fueron siempre de enseñanza y uso en la Iglesia de Cristo; pero débele todavía más por haber recomendado á los propagandistas católicos la suprema necesidad social de los tiempos modernos, que es salir al encuentro de los que andan extraviados, apartarlos de asociaciones peligrosas, ofrecerles un refugio en círculos y *patronatos*, repartirles el pan de la divina palabra, inculcarles el cumplimiento de los propios deberes como única base de su prosperidad, infundirles hábitos de sobriedad y economía, y ofrecerles protección y amparo para todas las contingencias de la vida. Si; tan necesario es el capital en la vida de las naciones, como son necesarios los jornaleros. Sin éstos el capital permanece inerte; sin aquél quédanse los jornaleros cruzados de brazos. Establézcase la paz, establézcase la unión, establézcase la armonía entre el capital y el trabajo; y progresará el jornalero al par del capital, y podrá mañana cada jornalero de hoy establecer una pequeña negociación ó industria con sus modestas economías, y aun con el tiempo podrá llegar como otros á ser capitalista.

Con esta redención del trabajo ó de la clase trabajadora, hermanos míos, ofrece no poca semejanza la redención de la esclavitud que mucho preocupó también á León XIII y absorbió sus desvelos paternales. Sabedor de que los árabes sacaban anualmente del interior del Africa 400,000 negros con destino á los mercados de trata, sintió conmovérsele las entrañas y resolvió asociar su nombre al de tantos beneméritos Pontífices Romanos como trabajaron por la libertad del hombre. Los obispos del Brasil acababan de solemnizar la fiesta del jubileo sacerdotal del gran Pontífice con la libertad, que consiguieron de los respectivos dueños, de millares y millares de esclavos. Escribióles el Papa tiernísima carta congratulatoria animándolos á proseguir en la obra comenzada. Además, hállase en Europa, recién

llegado de sus misiones del Africa, el cardenal Lavignerie, que describe con palabras de fuego los horrores del interior africano; y el Papa le nombra representante suyo para recorrer las capitales europeas y promover un congreso internacional donde con su apostólico celo exhorte á los gobiernos, exhorte á las naciones á poner término á un tráfico tan afrentoso. Los Soberanos y demás Jefes de Estado de Europa representados en el Congreso de Bruselas, acordaron "tomar bajo su protección la causa de los negros y adoptaron algunas providencias encaminadas á acabar con la trata." No contento con esto el Romano Pontífice, lanza al mundo su Encíclica sobre la abolición de la esclavitud, en la que mirando al Africa con su ojo previsor de Vicario de Cristo, ve que el camino más recto y seguro para llegar al apetecido resultado, es la evangelización de los negros; y publica una cruzada permanente de misiones, en la cual han de tomar parte, no tan sólo el celo del sacerdote caldeado en las fraguas de Jesucristo, sino también el óbolo del pobre y el billete del acaudalado: ordena que el día de la Epifanía, todos los años y en todos los templos católicos del orbe, se haga una cuestación para el sostenimiento de las misiones africanas.

¿Qué decis, hermanos míos, de esta soberana actitud del Pontífice de Roma? ¿No os parece oír la condolidada voz del Señor en el desierto, que con entrañas de caridad clama diciendo: *Misereor super turbam?*

III.

Si tan solícita y tan eficaz ha sido la actividad de León XIII en los órdenes político y social, ya podéis imaginaros cuál no hubo de ser en el de la propagación y conservación directa de la fe cristiana, así entre fieles como entre infieles, así entre católicos á él sumisos, como entre herejes y cismáticos. Bastará deciros, que hasta los principios de este año, llevaba erigidas 2 sedes patriarcales (la de Alejandría, del rito copto; y la de las Indias, del rito latino), 13 metropolitanas con

otras 20 promovidas de episcopales á metropolitanas, 149 episcopales, 2 abadías *nullius*, 5 Delegaciones apostólicas, 50 Vicariatos apostólicos con otros 14 que de Prefecturas fueron elevados á Vicariatos, y 35 Prefecturas apostólicas: total, 252 títulos nuevos, que son vivo testimonio de la vitalidad é incremento de la Iglesia. Además, canonizó á 18 Santos, confirmó el culto ya tributado á 54 mártires de Inglaterra, y beatificó á 110 Venerables. Fuera del jubileo ordinario del Año Santo, publicó otros tres extraordinarios. Celebró Concordato con Portugal, Montenegro y Colombia; restableció la jerarquía católica en Escocia, entre los Búlgaros y los Rutenos, en la Bosnia y Herzegovina y en el Japón. Promovió la reunión de la Iglesia anglicana y de las Orientales con la Romana. Con esta mira de ir atrayéndose las Iglesias Orientales, fundó en la Ciudad Eterna el colegio Ruteno, el griego de San Atanasio, el seminario copto, el colegio armenio, el maronita y el caldeo. Reunió en el Colegio Pío Latino Americano, á la sombra de San Pedro, el Concilio Plenario de la América Latina. Condenó el americanismo, el ontologismo de Rosmini y varios errores que en algunas escuelas católicas comenzaban á pulular acerca de la inspiración de las Sagradas Escrituras. Sus encíclicas, constituciones apostólicas, breves, alocuciones y discursos forman un cuerpo de muchos volúmenes, uno como monumento perenne de su apostólica actividad intelectual.

El nervio de tan prolija labor estaba en su amor á la Santísima Virgen, en cuya devoción y culto cifraba él la esperanza de ver conservada y difundida la fe cristiana. Así lo manifestó de un modo muy particular en carta á nuestros obispos, congratulándose de la devoción de los mexicanos á Nuestra Señora de Guadalupe, y encareciéndoles la necesidad de conservarla y robustecerla: devoción y buen deseo que dejó consignados en disticos indelebles al pie de la Imagen bendita. Su último acto de carácter *ecuménico* fué la inser-

ción de la invocación á María, Madre del Buen Consejo, en la Letanía Lauretana. Pero el título de mayor devoción para Su Santidad, era el de Nuestra Señora del Rosario: once de sus 65 encíclicas están consagradas á fomentar esta devoción. Encarecía muy especialmente el rezo del Rosario en familia; en lo que daba él personalmente el ejemplo, rezándolo todas las noches acompañado de sus domésticos.

Otra devoción favorita de León XIII, que quiso se estableciese perpetuamente en todos los hogares del orbe católico, fué la de la Sagrada Familia. Esta debe ser el modelo de toda familia cristiana. Modeladas por ella las familias cristianas, padres, madres é hijos respectivamente, así de las clases altas de la sociedad, como de las medias é inferiores, ostentarán la fe de Cristo en todos sus actos; y cual las familias, serán los pueblos; y cual los pueblos, las naciones. Por tal manera, quiso reunir en una asociación universal, regida por un especial reglamento por él mismo formado, á todas las familias de la comunión católica.

Pero es un axioma en ascética cristiana que la Virgen María lleva siempre las almas á Cristo; y en Cristo, en efecto, en la Eucaristía, en el Sagrado Corazón de Jesús, tenía sus delicias nuestro Padre Santo. En Perusa le consagró la Diócesis; y ahora Papa en Roma, habiendo dispuesto ya Pío IX que se le consagraran todos los fieles, consagróle él todos los hombres, porque de todos es Redentor Jesucristo. El Corazón de Jesús es Cristo amando y Cristo padeciendo: está simbolizado en llamas y espinas. Tenerle devoción es hacer profesión de caridad y de abrazarse con los padecimientos, es mostrarse dispuesto á reproducir, en frase del Apóstol, la imagen del Hijo de Dios muerto en la Cruz. Esto era, no ya en disposición simplemente, sino en acto, en realidad, nuestro Vicario de Jesucristo en la tierra, al tenor de aquellos disticos que desde los primeros años de su Pontificado escribió de su puño y letra al pie de uno de sus retratos:

«Iustitiam colui; certamina longa, labores,
Ludibria, insidias, aspera quaeque tuli.
At, Fidei vindex, non flectar; pro grege Christi
Dulce pati, ipsoque in carcere dulce mori.»

«Rendí culto á la justicia: luchas prolongadas, trabajos, afrentas, insidias, no hay vejamen que no haya yo sufrido. Mas al defensor de la fe nada le arredra: ¡dulce es padecer por la grey de Cristo, y dulce morir hasta en una cárcel!»

Aunque devoto de los Santos en general, especialmente de San José y de los colocados por él en los altares de la Iglesia, profesó siempre singular veneración al Patriarca de Asís, á cuya Tercera Orden pertenecía, —observando con toda escrupulosidad su Regla. El Santuario de Asís queda no lejos de la ciudad de Perugia; y al ir á tomar posesión de esta sede, lo visitó para ponerse bajo la protección de la Santísima Virgen, allí tan venerada. Ahora, desde el Sólido pontificio, advirtió dos tendencias en la porción seglar de la grey cristiana: una á los goces terrenales, y otra á las sociedades por la Iglesia prohibidas. Nada más propio á contrarrestarlas que la Tercera Orden de San Francisco, con sus prácticas de penitencia que amortiguan los apetitos de la carne, sus prácticas de devoción que conservan la vida del espíritu, y sus actos de comunidad que satisfaciendo la natural propensión del hombre á la vida común, aléjanle de las agrupaciones peligrosas y malsanas. Difúndase, difúndase por el mundo católico esta asociación de la Tercera Orden, y se renovará la faz de la tierra.

Otra de las solicitudes de León XIII fué, hermanos míos, la enseñanza de los seminarios. Los seminarios son para los futuros ministros del Señor; los cuales necesitan hoy en día, más que nunca, una educación completa, general y especial, del espíritu y la inteligencia. El ministro del Señor ha de ser hombre de piedad, abnegación y sacrificio: ha de estar siempre unido

con Dios y dispuesto á vivir en medio de las mayores privaciones y haciendo sacrificios de todo género: los alicientes de la vida secular quédanse allá fuera, lejos del seminario. Esta es la base de la educación eclesiástica. Sobre esta base levántase el edificio de los estudios: humanidades, muchas humanidades; porque ellas solas proporcionan el medio de comunicarse oportuna y acertadamente con los fieles cristianos: filosofía, sólida filosofía cristiana, que es la escolástica de Santo Tomás de Aquino, única capaz de hacer frente á los errores y aberraciones modernas: ciencias naturales, que nos dan el conocimiento del mundo material, conveniente para levantarnos hasta Dios en alas del orden admirable que en él nos asombra, y necesario para desbaratar las hipótesis y conclusiones positivistas: y sobre todo esto, como corona de refulgente brillo, el alma teología, ciencia bajada del Cielo, que al Cielo nos conduce por encima de la tierra, al través de las nubes, al través de las estrellas, hasta colocarnos ante el trono de la luz indeficiente.

Así formados los ministros del Señor, sabrán y deberán estar siempre dispuestos á la defensa de la fe católica y de la Iglesia; sabrán y deberán emplear siempre en sus discursos y en sus escritos un lenguaje digno de sí mismos y digno sobre todo de los altos intereses confiados á su defensa; sabrán y deberán, en sus apologías y polémicas, servir de modelo de dignidad, moderación y sobriedad á los oradores y escritores seglares, á esos beneméritos de la causa católica que con desinterés y abnegación conságranse á veces á la defensa de los intereses sagrados; y nunca incurrirán en la fea nota de difamadores, prodigando al contrincante calificativos contrarios á la buena educación, á la verdad, á la justicia ó á la caridad.

¡Oh amado Pastor! Tú eres verdaderamente aquel á quien dijo el Pastor eterno Jesucristo: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*; tú oíste esa voz de lo alto; y de tal manera resonó en tu espíritu, que á manos

llenas derramaste, durante los cinco lustros de tu Pontificado, el pan de la verdad y el pan de la virtud, no solamente entre los hijos de Israel, sino también entre los que hállanse sentados en las tinieblas de la infidelidad ó la herejía.

EPILOGO.

Fué de verdad *lumen in coelo* el santo, el inmortal Pontífice León XIII, no porque así se le designe en la fantástica supuesta profecía, ni aun siquiera por aparecer el astro luminoso en el cielo de su blasón: fué *lumen in coelo* por lo esclarecido, oportuno, práctico y fecundo de su inteligencia, siempre apoyada en Dios y á Dios siempre dirigida; y más que todo lo fué, por cumplirse en él con toda verdad, con más verdad aún que en el rey David, cuyo corazón estaba modelado en el corazón de Dios, aquellas palabras de mi texto que cantaba el Real Profeta: «Tomástem de la diestra para llevarme según tu voluntad y cercarme de gloria.... Tú, Dios de mi corazón, tú serás para siempre la porción de mi herencia.» Por eso brilló, sí; brilló con tanto más esplendor, cuanto mayor era la densidad de las tinieblas que cubrían el mundo de las almas. Por tal esplendoroso y creciente brillo atrajo sobre sí las miradas de los hombres, que, fascinados por la insólita lumbré, sintiéronse arrastrados hacia el trono de los Papas. Nadie tan desvalido como él, humanamente hablando; y nadie que á diario recibiera tantos mensajes y tantas visitas. Y por estar cada día más en creciente el celestial fulgor, hemos presenciado el caso singularísimo, único en la historia, de que si fué su vida tan admirada y venerada de los hombres, más admirada aún y más venerada ha sido su muerte. La inteligencia no se le apagó, ni se debilitó siquiera, durante su postrera prolongada enfermedad: siguió fulgurando con la habitual intensidad hasta el último soplo de vida.

Su espíritu ¡ah! descansa en paz, al cabo de una

vida tan larga como llena de merecimientos. Fué vida llena: en la casa paterna, en las aulas, en las Delegaciones Apostólicas, en la Nunciatura, en la sede de Perusa, en el Vaticano, siempre y en todas partes, por espacio de 93 años, vivió León XIII para el Señor, pudiendo decir con el Apóstol, al tocar la meta de tan dilatada carrera, *nihil mihi conscius sum*, como dijo en otros términos á uno de los cardenales que rodeaban su lecho de muerte: «Ignoro si ha estado bien todo lo que he hecho. Una cosa puedo decirle: he seguido siempre las inspiraciones de la fe y de la conciencia.» Por eso vive aún, hermanos míos, y vivirá eternamente en los tabernáculos de la Gloria. *Christus adest miserans*, mandó todavía estampar en aquellos días de letal zozobra antes de cerrar los ojos á la luz creada: *Christus adest miserans*: aquí, aquí está Jesucristo; aquí, en mi pecho, con sus entrañas de misericordia: los desaciertos que hubiere yo tenido, él me los perdonará; y me los perdonará, así lo espero, porque humildemente se lo pido: *humili veniamque roganti* —*Erratum, ah fidas! eluet omne tibi.*

También nosotros lo esperamos en el Señor; y por si algún reato de pena quedare por satisfacer, hemos ofrecido el satisfactorio solemne Sacrificio, y elevaremos ahora al Cielo nuestras últimas preces . . . y nuestras almas, para acompañarle, en piadoso cortejo, hasta la eterna Bienaventuranza.

R. I. P.

Terminó toda la imponente ceremonia con los cinco responsos de rito.

Anima eius, et animae omnium fidelium defunctorum,
per misericordiam Dei

R. I. P.